

## “EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO”, UN EJEMPLO DE NOVELA INDIGENISTA

Por Rita Gnutzmann

Al margen del debate sobre la oportunidad de conmemorar la fecha del 12 de octubre de 1492, hay que reconocer que la situación del indígena americano en la actualidad dista mucho de ser aceptable. Menciono, a modo de ejemplo, cifras actuales de Guatemala, país en el que los indios constituyen el 60 % de la población, con una representación de un mero 8 % de candidatos electos en el congreso y una tasa de analfabetismo del 90 %<sup>1</sup>.

Resulta imposible tratar el problema en profundidad en todos sus aspectos social, humano, cultural, político, etc. Por primera vez, a finales del siglo pasado y principios del nuestro, los peruanos Manuel González Prada y José Carlos Mariátegui enfocan el tema del indio desde una perspectiva socio-política y económica y denuncian la «trinidad embrutecedora» del latifundista, cura y juez de paz. Ya que acabo de citar el ejemplo de Guatemala, es pertinente, llamar la atención sobre uno de los testimonios recientes más conmovedores, el de la joven Rigoberta Menchú, hija del líder campesino masacrado con sus compañeros en la Embajada de España en Guatemala en enero de 1980. En *Me llamo Rigoberta Menchú* relata la explotación del campesinado en las plantaciones de algodón y café. Su hermanito menor y su mejor amiga, María, perdieron la vida a causa de los potentes pesticidas con que los campos eran rociados desde avionetas mientras los obreros se encontraban trabajando en ellos.

He elegido una novela del peruano Ciro Alegría para ejemplificar el problema del indígena; aunque no se trata de un «documento» sino de literatura, hay que tener en cuenta el origen y las primeras experiencias del autor. Nace en una hacienda de la sierra norte del Perú, Provincia de Huamachuco, en 1909, descendiente de una familia de pequeños terratenientes. Durante sus primeros ocho años vive exclusivamente en el campo, en continuo contacto con los peones indios y mestizos cuyas historias escucha:

«Nací en una hacienda, crecí en otra —ambas pertenecientes a la provincia de Huamachuco, en los Andes del Norte del Perú... Mujeres de la raza milenaria me acunaron en sus brazos y ayudaron a andar; con niños indios jugué de pequeño, siendo mayor alterné con peones indios y cholos en las faenas agrarias y los rodeos». «De tal vida no me habría de olvidar jamás y tampoco de las experiencias que adquirí caminando por los jadeantes caminos de la cordillera, de los hechos de dolor que ví, de las historias que escuché. Mis padres fueron mis primeros maestros, pero todo el pueblo peruano terminó por moldearme»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Según *Informe Latinoamericano* (Londres), n.º 2, 17-1-1991; en Perú, de aprox. 12 millones de habitantes, casi la mitad son indios, una tercera parte es mestiza y sólo una décima parte son blancos.

<sup>2</sup> «Novela de mis novelas...», en Dora Varona (ed.), *Ciro Alegría. Trayectoria y mensaje*. Lima. Pleni-tud, Ed. Varona. 1972, p. 189, 191. -Otra experiencia importante fue su actividad política en favor del APRA que le causó la prisión y la tortura en 1931 y el destierro a Chile en 1934 desde donde no volvería hasta 1957. Posteriormente se afilió a Acción Popular de Belaúnde Terry y en 1963 fue elegido diputado por Lima. El autor introduce datos autobiográficos en *El mundo...*, ya que el bandido «el Fiero Vázquez» se regenera en la hacienda «Marcabal» (nombre de la del abuelo paterno de C.A.) de Elena y Teodoro «Alegría» (los padres del autor solían dar cobijo a refugiados), pero cuando aquél se aleja por ser elegido diputado por Lima, Vázquez cae en una trampa y mata a un agresor, volviendo a la vida de bandido tras el incidente (p. 162-83).

En varias ocasiones el autor ha reconocido su deuda con los «narradores populares, a los que honestamente he plagiado —un plagio honroso, creo yo»<sup>3</sup>. Esta influencia oral es obvia en sus tres novelas principales, *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1939) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), puesto que sus estructuras se basan en episodios y cuentos.

Antes de entrar en la historia y el discurso de *El mundo...* quiero detenerme en un aspecto importante del texto, ya que algunos lectores de Alegría podrían poner reparos al título «novela indigenista». En efecto, el crítico suizo, G. Siebenmann titula su estudio sobre *La serpiente...* «una novela cholista»<sup>4</sup> (i.e. de mestizos). Alegría ha tenido que defenderse contra muchos críticos, Mario Vargas Llosa incluido, que le acusaron de no reflejar apropiadamente el lenguaje «quechua» de los personajes. Alegría pone de manifiesto los errores cometidos por sus críticos:

«A mí algunos amigos me han hecho bromas, me han dicho «lástima que tú como indigenista no hablas quechua», y yo les digo que me dejen hablar entonces por los indios que no hablan quechua, que son como cuatro millones, que es la población del Norte indígena... ya no hablan quechua sino en el Callejón de Huaylas, en la Pampa de Cajamarca, una población que tendrá, pues, medio millón... En todo caso, este indio es un ser mestizado»<sup>5</sup>.

A continuación reivindica el papel de los mestizos (denostados por muchos escritores «indigenistas»), refiriéndose a su personaje Benito Castro; pero con ello ya entramos en *El mundo...* Otro gran novelista, su compatriota José María Arguedas, quien, además, destacó como etnólogo, defiende la visión del mundo literario de Alegría en una conferencia, recopilada por Casa de las Américas:

«Ciro nace como hijo de un pequeño hacendado, en la zona de la Sierra norte del país, donde ya no hay indios desde el punto de vista cultural, porque los indios de la zona norte no hablan el quechua, perdieron muchas de sus tradiciones comunitarias, perdieron sus religiones locales... [pero] hay un error cuando se considera que en las narraciones que escribí yo es donde se descubre por primera vez al indio. Lo que ocurre es que en las novelas de Giro Alegría aparece un indio que es tal desde el punto de vista social, pero no lo es desde el punto de vista cultural...»<sup>6</sup>.

Como se ve, la cuestión es muy compleja. *El mundo...* se relaciona directamente con la novela anterior del autor, *Los perros hambrientos*. En ésta se relata de paso la historia de una comunidad indígena, de Huaira, despojada y expulsada de sus tierras por el hacendado Rosas. Esta historia se narra precisamente en el capítulo titulado «Un pequeño lugar en el mundo» título al que obviamente alude la novela posterior. El personaje central de *Los perros*, el viejo Simón Robles, explicita su sentido de la siguiente manera: «Uno busca su pequeño sitio en el mundo y nuay... Y es solamente un pequeño, un pequeño lugar en el mundo»<sup>7</sup>. La contestación a esta reclamación del viejo Robles la da Benito Castro hacia el final de *El mundo...*: «Yo les digo con toda verdad que pa nosotros, los pobres,

<sup>3</sup> En *Primer Encuentro de Narradores Peruanos*. Lima. Latinoamericana Ed. 1986, p. 32. Se trata de las Actas de un encuentro en Arequipa en 1965.

<sup>4</sup> *Anales de literatura hispanoamericana*, 9, 1980, 255ss.

<sup>5</sup> En *Primer Encuentro...*, p. 248s.

<sup>6</sup> En *José María Arguedas*. Serie Valoración Múltiple. La Habana. Casa de las Américas. 1976, p. 411ss. -Otro escritor, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, pensaba igualmente que todos los escritores «indigenistas» posteriores a Giro Alegría tendrían que «tomarlo muy en cuenta», Entrevista en *Bulletin Hispanique*, 1968, LXX. 1-2, 134ss.

<sup>7</sup> *Los perros hambrientos*. Buenos Aires. Losada. 1977, p. 99; cf. C.A., «Novela de mis novelas», en D. Varona, p. 186. Se cita *El mundo...* según la edición de Casa de las Américas. La Habana. 1972.

el mundo es ancho pero ajeno» (p. 728). Al final de *Los perros* se prepara la confrontación entre los colonos indios y mestizos y el hacendado Cipriano, quien llega a matar a tres de aquellos. En ese relato Alegría aún aplaza el choque inevitable haciendo que llegue la lluvia a tiempo, la cual soluciona el problema de la hambruna.

En *El mundo...* la confrontación entre una comunidad («ayllu») y un gamonal constituye el tema principal. El terrateniente Alvaro Amenábar consigue dos veces despojar a la comunidad de Rumi de sus tierras mediante injustas reclamaciones, injusticia en la que es apoyado por la «trinidad embrutecedora»: el cura, los magistrados y prefectos y otros gamonales. Cuando los comuneros han agotado y perdido todos los medios legales, su último alcalde, el mestizo Benito Castro, empuña las armas para impedir su nueva expulsión o esclavización. Como era de esperar, en este desigual combate los comuneros sucumben bajo las balas del ejército que acude a salvar al hacendado de «los sublevados» según son declarados los comuneros.

De este breve resumen se desprende que Alegría cumple con las características del relato indigenista, marcado por una serie de acontecimientos y «funciones»<sup>8</sup>: a la reclamación de A (el latifundista) contesta B (la comunidad indígena) con la resistencia (pacífica y mediante recursos legales, en un principio); a la orden de desalojo que da el primero, el segundo cede finalmente por conocer la falta de escrúpulos del demandante. Tras una pausa, tal vez de años, en la que la comunidad se instala en tierras inhóspitas, pero que paulatinamente convierte en campos fértiles, comienza un nuevo ciclo de persecución y resistencia que termina con la aniquilación del más débil, el indígena. Encontramos este esquema prácticamente igual en novelas como *Raza de bronce* de Alcides Arguedas, *Huasipungo* de Icaza, *El mundo...* y en la pentalogía de Scorza.

Ahora bien, no todos los capítulos (24 en total) desarrollan el tema del despojo, por lo cual Alegría ha sido criticado frecuentemente. El escritor y crítico chileno Fernando Alegría denuncia esta falta de cohesión:

«El ritmo fundamental se rompe... para dar entrada a personajes secundarios... el autor (intercala) episodios sin relación directa con la trama principal. En general, la novela muestra... un recargo de material narrativo»<sup>9</sup>.

En efecto, los primeros tres capítulos del relato introducen la vida de la comunidad, al parecer todavía en estado idílico, aunque la primera palabra del texto «¡Desgracia!» y la presencia del gobernador ya hacen sospechar una evolución dramática. En el capítulo 4 llegamos a conocer un personaje que no pertenece a la comunidad, el bandido «el Fiero Vásquez», al que se dedica otro capítulo entero, el 18, aparte del 14 en el que se narra las venganzas que toman sus compañeros tras su captura. En este capítulo se hace patente que el Fiero formaba parte indirectamente de Rumi, ya que muere por defender la comunidad. El Fiero y sus bandidos tienen un precursor directo en los «Celedonios» de *Los perros*, bandidos que son vilmente envenenados por el subprefecto y un alférez. Otra subtrama de *El mundo...* está protagonizada por Benito Castro, ahijado del viejo alcalde indio, Rosendo Maqui; Benito, quien fue expulsado de Rumi por haber matado a su padrastro en autodefensa, ocupa otros dos capítulos (6,17) hasta que su historia se une a la de la comunidad a partir del capítulo 21.

<sup>8</sup> Cf. M. Sainz de los Terreros, «Funciones narrativas en la narrativa indigenista», *Anales de literatura hispanoamericana*, 13, 1984, p. 57ss. -En su excelente estudio *Transculturación narrativa en América Latina* Angel Rama ofrece un resumen de las principales características del relato «indigenista», México. Siglo XXI. 1987, p. 179 ss.

<sup>9</sup> *Breve historia de la novela hispanoamericana*. México. Ed. de Andrea. 1959, p. 254s. Incluso las historias del buey Mosco (cpt. 1) y del caballo Frontino (cpt. 9) pertenecen a la trama principal, ya que los de Rumi los consideran igualmente «buenos comuneros» (p. 379).

Quedan otros cinco capítulos que al parecer constituyen digresiones con respecto a la historia principal de la expoliación: los capítulos 10, 13, 15, 19 y 20. Como bien ha visto T. Escajadillo<sup>10</sup>, no se trata de un error de organización por parte del autor, sino de un principio estructurador antitético. Es precisamente en estos capítulos donde se muestra al lector la diferencia abismal entre la vida en la comunidad y la del «ancho mundo», comparación que siempre termina de forma negativa para la vida exterior a la comunidad. La tesis del autor es clara: «La comunidad es el único lugar habitable para el indígena andino» (Escajadillo, p. 208), mientras que el «ancho mundo» le trae desdén, pobreza e incluso la muerte. En todos los casos se trata de un joven miembro de la comunidad de Rumi que, después del primer despojo, ha salido para probar suerte. El primero es Amadeo Illas (capt. 10) quien va con su mujer a Calchis a trabajar en los campos de coca, es decir, a un clima caluroso que produce fiebres al hombre de la sierra. A causa de una enfermedad, Amadeo se endeuda cada vez más y su mujer es violada por dos caporales de la plantación. Un amigo de Amadeo sufre la picadura de una serpiente en los campos de coca que le causa por lo menos la invalidez si no, como el lector sospecha, la muerte, destino, que comparte con el forastero don Osvaldo en *La serpiente de oro*. En el capítulo 13 Calixto Páucar entra en una mina para ganarse la vida; su primer día de trabajo coincide con una huelga y tanto él como otros morirán a manos de la policía. Este episodio le sirve a Alegría para introducir ideas socialistas por la mediación del sindicalista Alemparte; de igual manera Benito Castro es aleccionado más adelante (cpt. 17) por otro sindicalista, Lorenzo Medina.

Es evidente que el autor elige un ámbito distinto para cada una de las experiencias negativas en el «ancho mundo»: hasta ahora hemos visto las minas y los cocaleros; faltan todavía las caucherías y las haciendas. Es el nieto del viejo alcalde Maqui quien se deja enganchar como cauchero; puesto que la brutalidad en el mundo de la selva y del caucho es conocida desde la novela de Eustasio Rivera, *La vorágine*, el lector presiente la desgracia de Augusto Maqui: sufre un accidente al manipular el caucho caliente y queda ciego y abandonado. Menos dramático es el destino de Juan Medrano quien va con su mujer a trabajar para un terrateniente; éste no les da más que lo justo para sobrevivir. El único hombre que logra volver a la comunidad es el alarife Pedro Mayta, aunque sólo después de haber perdido su poca fortuna.

En todas partes se usa el endeudamiento del peón indio o cholo para explotarlo, bien sea en las minas, en las haciendas o bien en las caucherías. El lector llega a conocer otros escenarios de la mano del mencionado Benito Castro: recorre todo el país desde el norte (aparece el nombre de la provincia nativa de Alegría, Huamachuco, aparte del Callejón de Huaylas) hasta Lima, trabajando en diversas haciendas, cortando caña, segando trigo o cuidando los animales en las cuadradas, siempre con un sueldo para «subsistir, pero no para vivir» (p. 226). En Lima malvive como panadero, mozo de bar, vendedor de periódicos, peón y, finalmente, en un barco del Callao. Ahí, además de aprender a leer, también conoce el movimiento sindical, lo cual da nuevamente oportunidad al autor para introducir las ideas socio-políticas que él mismo profesaba como militante del APRA. Otra experiencia que el narrador adjudica a Benito es el haber servido como soldado, habiendo llegado al grado de sargento, experiencia que le sirve en su última lucha en favor de su comunidad.

El siguiente esquema explicita la estructura de la novela, dividida en dos grandes movimientos:

<sup>10</sup> Tomás G. Escajadillo, «Los principios estructuradores de *El mundo...*», en D. Varona, 206ss. Goran Tocilovac estudia el aspecto socio-económico en *La comunidad indígena y Ciro Alegría*. Lima. Ed. de la Biblioteca Universitaria. 1975.

- I (cpt. 1-8) primer despojo de los comuneros de Rumi;
- II (cpt. 9-24) segundo despojo.

Parte I: los capítulos 1, 2, 3, 5, 7 y 8 narran la vida de la comunidad del idilio hasta su pérdida; los capítulos 4 y 6 relatan las vidas individuales del Fiero y Benito, que más tarde se relacionarán con la comunidad.

Parte II: los capítulos 9, 11, 12, 16, 21, 22, 23 y 24 adelantan los eventos de la comunidad; los capítulos 10, 13, 14, 15, 17, 18, 19 y 20 relatan la experiencia particular de algún ex-miembro de la comunidad.

Los capítulos 1 y 9 son complementarios, ya que en ambos se describe la vida en la comunidad: en el primer caso con rasgos idílicos, en el segundo —en los pedregales de Yanañahui— bajo el signo de la «tormenta». Otro elemento de comparación lo ofrecen el capítulo 8 y el 24, o sea el último capítulo de cada parte, ya que en uno el entonces alcalde Maqui rechaza la resistencia violenta contra la expoliación, mientras que en el otro, el nuevo alcalde Benito Castro, se opone con las armas al desalojo.

Después de este recorrido por los acontecimientos y la estructura del relato queda claro que no se puede hablar de incoherencia y dispersión en episodios, sino que todos ellos tienen función en la historia principal, si reconocemos con Escajadillo que al autor no sólo le interesa el tema del despojo de las tierras sino también comprobar la tesis de que para el indio o mestizo andino la única forma de vivir con dignidad es en la comunidad. Por ello, el trotamundos Benito Castro contesta a todos los elogios a personas y objetos que escucha en su largo deambular —dieciséis años en total—: «mi comunidad es mejor» (p. 616ss.). Todos los «episodios» de otros comuneros y las experiencias de Benito Castro amplían el marco geográfico para incluir los espacios y los estratos sociales más variados en su crítica a la sociedad peruana. De esta forma puede introducir la lucha sindical y la guerrilla de Benel que normalmente no cabrían en un relato sobre una comunidad indígena pacífica.

Pero no sólo se ensancha el horizonte espacial y social sino también el temporal, puesto que el autor introduce eficazmente parte de la historia de su país a través de los relatos o recuerdos de algún personaje. En total la historia de la comunidad, desde el primer pleito hasta la lucha y el exterminio de los comuneros, ocupa dieciséis años, desde 1912 hasta finales de 1928, aunque también se nos dice que el joven Benito tuvo que huir de Rumi en 1910. La historia política del Perú que se incluye en la novela, sin embargo, abarca no sólo décadas sino siglos, prácticamente los «cuatro siglos de muerte» —en palabras de Benito Castro (p. 740)— que ha deparado el Perú a su población indígena. Alegría podría haber comenzado sus referencias históricas en 1533, fecha en que Pizarro se adueña del Perú. No incluye la conquista en el relato, pero sí la subyugación de los indios selváticos («cashibos») del Ucayali en 1866. El autor no deja ninguna duda acerca de la equivalencia de este episodio con la conquista:

«Los barcos entran al Pachitea. Los cashibos bravos habitan la margen derecha... Al día siguiente, la expedición parte en botes y canoas manejados por indios conversos... Y entran a la selva hombres de tropa, armados de rifles; cuarenta indígenas, de los que algunos son cashibos guías y los demás conibos, provistos de flechas, que quieren vengar viejas derrotas; el prefecto Arana y diez personas de su comitiva, que disponen de carabinas, y el R. (everendo) P. (adre) Calvo, que levanta la cruz...» —«en el momento culminante, cuando los indios esperaban ensartar con mil flechas a cada uno de sus enemigos dispararon los cañones a un tiempo... En esa apretada masa la metralla arrasó y los cashibos supervivientes corrieron hacia el bosque, dando alaridos, entre cadáveres destrozados, heridos que se retorcián y sangre espesa que empapaba las arenas...» (p. 561s., 564).

También se incluye en la novela una ordenanza de 1551 según la cual se obliga a los

indios a bajar de los montes e instalarse en los valles para estar más fácilmente al alcance de los encomenderos (p. 362s.). Como bien se sabe, los indios andinos intentaron resistir al blanco, comenzando en Vilcabamba, resistencia que terminó en 1571 con la ejecución de Tupac Amaru. Alegría recuerda en *El mundo...* la rebelión de un descendiente lejano de aquel, Tupac Amaru II, cuya sublevación duró hasta 1783, aunque él mismo fuera ejecutado en 1781. En el prólogo a la novela, el escritor insiste en que este Tupac luchó contra el sistema no por ser «extranjero» al indígena sino por su injusta base económica y social (en D. Varona, p. 194). Un siglo más tarde, en 1885, otro líder indio, Atusparia de Huaraz, se rebeló contra los impuestos y el trabajo indio gratuito en la construcción de carreteras, cuarteles, edificios públicos, etc..., y contra el trabajo forzado en las haciendas. Pero cuando toda la indiada del Callejón de Huaylas y de las provincias vecinas se le unen, «ya están ahí los batallones del gobierno con buenos fusiles y cañones. Mueren indios como hormigas» (p. 241).

Otras fechas elegidas por el autor subrayan igualmente el abuso del indio por parte del gobierno: durante la guerra del Pacífico (con Chile, 1879-1884) lo llevan a la fuerza, igual que lo enrolan en las luchas partidarias durante los enfrentamientos entre los caciques Cáceres e Iglesias (p. 27ss.). Aunque los indios recuerdan como positiva la presidencia del mestizo Ramón Castilla (1845-51; 1854-62) por haber abolido los impuestos de los indios y liberado a los esclavos negros, en seguida se añade que los impuestos pronto fueron reintroducidos a «la sal, la coca, los fósforos, la chicha, la chancaca» (p. 18). También aparecen otras fechas más cercanas, vividas por el propio autor, como la masacre de indios en Llaucán en diciembre de 1914, la huelga general en el puerto del Callao en 1919 o la guerrilla del hacendado Eleodoro Benel en Cajamarca entre 1922 y 1927 durante el gobierno del General Leguía (1919-30).

Como se ve, ninguno de los momentos aludidos en *El mundo...* ofrece razón para la alegría del indígena; al contrario, sirven para mostrar que los abusos denunciados mediante los acontecimientos ficticios no son meras invenciones del autor. El indígena ha sido presa de una ley que, según las palabras del viejo Maqui, es «una maniobra oscura y culpable» (p. 17). Alegría documenta sus denuncias, además, con recortes auténticos del semanario *Autonomía* que publicó la «Asociación pro Indígena» bajo la dirección de Pedro S. Zulen y Dora Mayer entre 1909 y 1917<sup>11</sup>. Cita literalmente atropellos — cambiando algunos nombres— como la masacre de Llauquén, el trabajo forzado en las haciendas y en el ferrocarril, la falta de seguridad en las minas con los accidentes laborales como consecuencia, robos de bienes indios cometidos por la administración, etc. (p. 620ss.).

Introduce, como contrapartida, el discurso del Perú oficial del «orden social» que desprecia a los «indios ignorantes» (que) no sirven para nada al país, que deben caer en manos de los hombres de empresa, de los que hacen la grandeza de la Patria» (palabras de Amenábar, p. 249). A este discurso se opone uno de los «futures» (forasteros) que el indio Sumallacta encuentra; es precisamente el escritor (los otros son un pintor y un folklorista) quien reclama un papel activo para la literatura en el devenir socio-político del país:

«Aquí en el Perú, por ejemplo, a todo el que no escribe cuentos o novelitas más o menos pintorescas, sino que muestra el drama del hombre en toda su fuerza y haciendo gravitar sobre él todos los conflictos que se le plantean se le llama antiperuano y disociador... Como si todo el mundo no supiera que en este nuestro Perú hay cinco millones de indios que viven bajo la miseria y la explotación más espantosas... digo que la cultura no puede estar desligada de un concepto operante de justicia» (p. 678s.).

<sup>11</sup> Otro periódico de la Asociación se titulaba *El Deber pro Indigenista*; el autor sugiere que el único abogado que defiende a los comuneros de Rumi, Correa Zavala, pertenece a la Asociación.

En una entrevista con el crítico alemán, G.W. Lorenz, Alegría expresó claramente el mismo objetivo:

«Yo quise sacudir y movilizar las somnolientas conciencias de mis compatriotas para que sucediera algo contra el hambre de los pobres, contra la explotación de los indios, contra toda la sucia injusticia llamada entre nosotros orden social»<sup>12</sup>.

Sin embargo, las denuncias sociales, políticas y económicas no van en detrimento de una historia bien contada y del suspense, sino que se integran perfectamente dentro de los acontecimientos ficcionales. Alegría, como también José María Arguedas, supo «conservar las demandas» (A. Rama, p. 181) de la novela indigenista de los años 20 y 30, pero la superó con la profundización en la cultura y en las creencias del propio indígena.

---

<sup>12</sup> En Günter W. Lorenz, *Diálogo con Latinoamérica*. México. Pomaire. 1972, p. 225